

El cante de Miguel

Miguel, inmóvil ante el ordenador, miraba fijamente la pantalla. Releyó de nuevo la convocatoria del concurso de cante de las minas. Ya había completado sus datos personales y le faltaba enviar la solicitud de participación por correo electrónico. Estaba a un solo clic de cumplir su sueño, pero no se decidía. Tembloroso, apoyó los codos sobre la mesa, se sujetó la cabeza con ambas manos, jugueteó con los rizos rubios de su cabello, como si le ayudase a pensar mejor, y cerró por un instante los ojos. Se echó sobre el respaldo de la silla, miró por la ventana y dejó la mente en blanco. Su pálido rostro y sus ojos inexpresivos reflejaban la indecisión en la que se debatía en ese momento.

Había pasado casi un año desde que Ismael, su padre había muerto. Aunque fue incapaz de llorar, aquel trágico acontecimiento le inundó de dolor. Necesitaba a su padre, era su punto de apoyo y, sin él, se sentía solo y abandonado. Aquel trauma, además de cambiarle el carácter —se volvió más retraído y tímido—, fue un punto de inflexión en su voz: se hizo más desgarradora, más intensa, más gitana. Sólo encontraba consuelo en el cante. Cuando cantaba la pena se evaporaba como por arte de magia, aunque después volvía, siempre volvía. Pero el cante fue lo que le ayudó en el proceso de duelo.

Padre e hijo estaban muy unidos. Ismael le había animado a dar clases de cante, le acompañaba en las actuaciones que organizaba la escuela y le apoyaba para que Miguel hiciera del flamenco su profesión. Le aconsejaba en cuanto a la trayectoria de su carrera artística y le animaba a participar en festivales y concursos.

Miguel, taciturno y pensativo, todavía recordaba la última conversación que tuvo con él:

—Miguel, te podrías presentar al concurso de cante de las minas —le propuso su padre—. Estoy seguro de que harías una buena actuación y, quién sabe, hasta podrías quedar de los primeros —añadió, con el reflejo del amor paternal en sus ojos.

—No estoy preparado para ese festival tan importante, papá —respondió, negando con la cabeza—. Sólo participan los mejores del país.

—Tú eres uno de los mejores —afirmó su padre, señalándole con el dedo—. Tu profesor y yo estamos de acuerdo en que te vendría bien participar en un acontecimiento de ese alcance —añadió su padre abriendo los brazos para darle un abrazo—. Vamos, ámate. No pierdes nada.

—No es el momento, de verdad, papá. Déjalo — dijo, devolviéndole el abrazo.

—Sé que es difícil para ti —añadió su padre, con voz calmada y comprensiva—, pero algún día tienes que dar el paso.

—Lo sé, papá —respondió él, con voz queda—; pero, de verdad, no me siento preparado, no es el momento.

Ahora se arrepentía de no haber seguido las indicaciones de su padre, tenía que haber participado cuando se lo pidió, haberle dado aquella satisfacción. Se sentía en deuda con él. Una parte de su padre residía en su interior y tenía que homenajearle como se merecía, haciendo lo que mejor sabía hacer: cantar.

El tiempo jugaba en su contra: sólo quedaban unos minutos para que acabara el plazo de inscripción. Miró fijamente la pantalla y, sin pensarlo más, hizo clic sobre la casilla *Enviar*. «Ya está hecho; no hay vuelta atrás », pensó, cerrando de un golpe la tapa del ordenador. «Lo haré en honor a mi padre».

El cante lo era todo para Miguel. A pesar de no venir de una familia aficionada al flamenco, sentía cómo le corría por sus venas. Fue a una edad muy temprana cuando lo descubrió —apenas tenía cinco años de edad—. Su amigo y compañero de pupitre, Gabriel, le había invitado a su cumpleaños. Tras la merienda, los niños se reunieron para jugar al balón y los mayores se arremolinaron en torno al abuelo de Gabriel, gitano y cantaor de flamenco. El abuelo se arrancó por bulerías y los adultos acompañaron con las palmas. Miguel, al oír aquella música tan extraña, dejó de jugar y se acercó al corro. Como no veía bien lo que pasaba, se coló por entre las piernas de los adultos y se acercó al cantaor. Aquel quejido desgarrador, aquella guitarra que acompañaba el lamento del cantaor, le erizó el vello de todo el cuerpo. Sin apenas pestañear, siguió atento la actuación hasta el final, como si estuviera hipnotizado. La emoción le embargó todo su

ser, sintió como si se le desgarraran las entrañas y comenzó a llorar. En ese momento supo que no podría separarse del flamenco, jamás.

Miguel, según decía su profesor de canto, José Martínez, modulaba la voz como el mismísimo Camarón. Transmitía una emoción tan pura que se podía palpar en el ambiente. Sus *quejíos* eran una explosión de sentimientos y emoción. Era imposible no respirar su cante, no empaparse de él. Inundaba las almas de los presentes con su espiritualidad y con su voz.

Los entendidos que lo habían visto actuar en la escuela de canto, decían de él que en su voz no había lugar para el fingimiento: las penas que cantaba las sentía y las transmitía a los que le escuchaban. Su cante hacía vibrar las almas de los asistentes, se podría decir que hasta los listones de madera del tablao se quejaban al unísono, con cada tono, con cada palabra. Una mezcla de tristeza, pena, alegría, desolación, emanaban de su voz. Irradiaba música por los cuatro costados. Sus lamentos pellizcaban la sensibilidad de los entendidos y expertos.

Sin apenas darse cuenta, el día más importante para Miguel llegó. Sólo faltaban unos minutos para que comenzara el concurso. Estaba inquieto, no había dormido bien y temía que le afectara a la voz. Ataviado con un traje azul oscuro de corte clásico, una camisa blanca perfectamente planchada, un sombrero negro cordobés y un pañuelo de seda, de un tono más claro que el traje, anudado al cuello. El pañuelo era su amuleto de la suerte: antes de comenzar a cantar, se lo ajustaba al cuello como si con aquel gesto le ayudara a poner a punto sus cuerdas vocales.

Apenas faltaban unos segundos para que comenzara su actuación cuando uno de los organizadores del evento le indicó que podía salir al escenario. Era su turno, su oportunidad. Tomó la foto de su padre, que siempre llevaba encima, la besó y se la puso en el bolsillo de la camisa, pegada al corazón. Sintió que su padre estaba con él, que le acompañaba, que le ayudaba en su camino a convertirse en un gran cantaor. Notó cómo se le disparaba la adrenalina. Respiró profundamente y salió al escenario. Se acercó a su asiento, se quitó el sombrero y lo colgó en el respaldo de la silla. El público, expectante, le recibió con un cálido aplauso. Miguel se ajustó el nudo del pañuelo y se sentó. Hizo

un gesto al guitarrista y comenzó a cantar. Cuando terminó la actuación la ovación que recibió del público fue atronadora. Se levantó de la silla, y, con la mano en el pecho, saludo al público con una reverencia.

El profesor de Miguel, que se encontraba entre el público, no pudo contener las lágrimas de emoción. Había escuchado la voz más desgarradora de su alumno desde que comenzara las clases de canto. Con los ojos llenos de lágrimas miró a su alrededor y descubrió que, entre los asistentes se encontraban Jacinto Torres y Nicolás Martínez, dos de los expertos más respetados en el mundo del flamenco. Se acercó a ellos y les dijo a modo de saludo:

—¿Qué os ha parecido la actuación de mi alumno? —preguntó, con una amplia sonrisa de satisfacción.

—Ha sido lo mejor de la noche, sin duda. —respondió Jacinto, afirmando la cabeza y abriendo los ojos de sorpresa.

—Creo que es un diamante en bruto, José —añadió Nicolás—. Esta vez lo has conseguido. Es el mejor cantaor que he oído en mucho tiempo.

—Tenéis razón, el chico tiene un potencial increíble —asintió José, mientras que de reojo veía cómo Miguel bajaba del escenario y le buscaba con la mirada.

José —levantando el mentón—, se despidió de ellos y corrió al encuentro de Miguel.

—Así actúan los grandes del flamenco, Miguel —le susurró al oído José, dándole un abrazo y palmeándole la espalda.

Entonces, Miguel lloró.